

15 de julio de 2015

Queridos compañeros jesuitas y colaboradores y queridos peregrinos:

Deseo manifestarles mi cercanía y afecto al inicio del Primer Año Jubilar del Camino Ignaciano, acontecimiento que nos remite a la honda experiencia que en su día tuvo San Ignacio de Loyola, aquel hombre de su época que supo conectar con el Espíritu y supo dejarse llevar por Él para convertirse en un hombre de todos los tiempos.

Impulsar el valor de la experiencia de la peregrinación, individual o en grupo, es uno de los objetivos del Camino Ignaciano. Sin lugar a dudas, comprometerse en una peregrinación es algo que marca centralmente a la persona: un peregrino aprende a descubrir aquello que es esencial en su vida y en la realidad que le envuelve, forja un trabajo interior difícil de llevar a término en la existencia ordinaria y cotidiana, ensaya cómo vivir con sencillez y en contacto con la naturaleza, redescubre el valor de la amistad y del diálogo que brota desde la intimidad del corazón.

El Camino Ignaciano, serpenteando por España y deteniéndose en seis santuarios de entrañable valor para la tradición de la Iglesia, ha de ser una mediación para acercarse al Dios siempre mayor y para acrecentar la experiencia del Amor del que proviene todo bien. No olvidemos que el origen de toda peregrinación se encuentra en las raíces de nuestra fe: caminamos día a día en la promesa de nuestro Dios. La mística de la peregrinación nos acerca a la esencia divina, cuando a lo largo del Camino se experimenta cómo dentro y fuera de cada uno crece la semilla oculta del Reino y de la presencia de Dios.

En este Año Jubilar que se inaugura, pido al Señor que cuantos vayan a peregrinar experimenten aquella confirmación de San Ignacio en la Capilla de la Storta, en su llegada a Roma: sentirse siempre en camino, constructores del Reino y llamados, desde la esperanza, a *en todo amar y servir*. En muchos casos ello supondrá optar decididamente por transformar deseos y cambiar proyectos, una aventura preciosa que invita a salir del propio interés. El peregrino, cuando contempla el cielo y la tierra, recupera la amplitud de horizontes, descubre que lo importante no es distraerse por los lugares por los que se pasa sino saber bien adónde se va, sin temer dejar atrás muchas cosas y caminar ligeros de equipaje.

Como piedra de salida hacia la Luz que emana de Dios, pido también que en medio de las duras circunstancias de nuestro mundo, herido por la violencia y las divisiones de todo tipo, uno de los frutos de cada particular peregrino sea el evangélico e ignaciano don de la reconciliación, con sus propias víctimas a las que ha ofendido, olvidado o no servido con suficiente Amor, una reconciliación que ojalá se haga visible y efectiva en todos nosotros y en nuestras relaciones personales, sociales y medioambientales.

Finalmente, expreso mi gratitud a cuantos han colaborado y siguen colaborando en llevar adelante el Camino Ignaciano como nueva ruta de peregrinación en España. Que Dios les bendiga, al igual que a todos los peregrinos y peregrinas de este año jubilar, 2015-2016.

Desde Roma, última etapa terrena de la peregrinación de Ignacio, un saludo fraterno,



Adolfo Nicolás, S.J.  
Superior General